

SE IMPRIME  
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA  
CALLE DEL OLIMAR, 149  
SALIENDO LOS DIAS  
Martes, Juéves y Sabados  
POR LA TARDE

## SUSCRIPCION

Por un año	\$ 10.00
Por seis meses	5.50
Por un mes	1.00
Número suelto	0.10
Número atrasado	0.20

## EL CLAMOR PÚBLICO

DIRECCIÓN } CALLE DEL OLIMAR, Núm. 149  
Y ADMINISTRACIÓN }

## PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR—SEBASTIAN B. TORRES

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios del programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

## Club General Rivera

## Aviso

Se hace saber a los correligionarios que la Secretaría de este Centro Político se ha instalado en la calle 18 de Julio N.º 1371, donde se encuentra disponible el libro de Registro para los Colorados que deseen afiliarse a este Centro.

Avelino Gerona—Secretario.

## EL CLAMOR PÚBLICO

## Beatus ille etc....

Al espiritual Tax con recuerdos deliciosos de estos pagos.

Escapado del tráfico de la ciudad, hielto de la eterna struggle for life de winans, ha venido a este rincón al grío de paisaje, que llamanos de las Delicias os que, antes que yo, gozaron sus espléndidos días, las horas deliciosas de sus madrugadas, y las llenas de inefables venturas, cuando el sol traspone los elevados cerros de Verdún, entre celajes violentos y colgaduras opílinas y de escarlata.

¡Qué lejos miro el combate diario de la ciudad, sus luchas, sus miserias, sus pulidores de masas... Oxiéndon, hinchidón todos los poros del cuerpo de cluvios campesinos, vuelvo la vista intelectual atrás y contemplo, como el marinero del Dante.

Che xicito four del píldago allá riva  
Si volge alt' aqua perigiosa e quata;  
que saliendo del pié agn à la orilla,  
se vuelve al agua peligrosa y mira...  
Contemplo el inmenso mar social con  
sus naufragios morales, con sus pira-  
tas políticos, con su cañonaje de en-  
vidias y de logros ventripotentes,  
trágones de ero, lapidadores de profe-  
tas del nuevo, aquel verbo, grandioso  
que toca llamada en el cla in vibran-  
te anuncio de la caída de los idó-  
los grotescos.

Había soñado, tantas veces, este paisaje delicioso! Un valle, rodeado de montes, un albergue con huéspedes familiares, como la casa donde me hospedé, un tratamiento higiénico como el que agn, con solo las abluciones hídricas, pone al agua debajo el milagro de darme el vigor que los resortes musculares perdieron en la lucha diaria de la ciudad, en donde el cerebro tiene escapes de somnio y la máquina intelectual apaga sus fue-  
gos, poco a poco; habla anhelado es-  
es vida vigorizante, tantas otras, que natural debiera parecerme hallarme en el.

Pero no; la admiración es tanta que sienta tan solo los años perdidos en pedirle a los sacerdotes de una ciencia que miente la salud y asesina con bastante patente legal para no ser partidarios de la abolición del binquillo y la pena de muerte...

Pero, hablamos de la casa del señor Luis Curbelo, el establecimiento sanitario, la casa que, en solo el agua y el magnetismo ha hecho mas milagros que todos los Santos del calendario.

Militante en el periodismo, anhelo de todo bien físico, moral e intelectual, para el individuo y la sociedad, me he preocupado, no pocas veces, del problema del mejoramiento de la especie, por un régimen tor-  
tíceante, de la fuente ignorada de la salud que mana la clara linsa donde se encuentran, distadas, las antí-  
facciones y la dicha de vivir contento, de hacer el bien, de cerrar bajo siete llaves al mal humorado Shope.

nanader y de pedirle a la vida el placer inmenso de gozarla, sin dolor ni zozobras.

Y cuando alguno Maraglino ó al-  
guno Pasteur, buscaba la fórmula de  
suprimir el dolor y la enfermedad, la  
tuberculosis ó el cólera, ansioso, pal-  
pitando por encontrar la solución al  
pavoroso problema, devoraba las pá-  
ginas de sus textos y veía sus tante-  
os en el laberinto fisiológico y, cuan-  
do al final, después de tantas prue-  
bas, no habían, los sábios, logrado  
derribar a la terrible espinje, que in-  
menso desaliento! Qué honda exor-  
sión de queja airada contra la Provi-  
dencia que nos da el dolor comple-  
to y no nos proporciona la dicha si-  
no a medias y hace que se arrastren  
los días, pesados, como las cadenas  
de un condenado a la ergástulo...

Pero, de lejos, de Alemania, habla-  
do que salió la voz de un viejo  
venerable clamando que la Natura-  
lidad no nos había dado el mal si que  
al lado, paralelo, estuviera el bien y  
que seguir ambas trayectorias, hicie-  
ra el perfeccionamiento de la especie era  
obra humana, fácil de hacer; y que  
con solo querer desearla el jesuita  
de la ciencia bastaba para alcan-  
zar la anhelada salud que hizo excla-  
mar al filósofo mens sana in corpore  
sano.

Y estudié a Sir Kneipp. Vi como  
acudía a sus hermosos jardines sa-  
natorios, los Bigmarck, los Roschil-  
des, los médicos más notables de Eu-  
ropa; las eminencias del Arte, del  
Foro y la Tribuna; y admiréme, que-  
deme suspeso, cuando supe que, con  
solo tocar aquellos cuerpos con el  
agua natural, desaparecían las impo-  
siciones de la sangre, y los dolientes,  
con las abluciones de aquel Jordán  
regenerado de vidas, salían, con los  
brios juveniles, a luchar por la vida  
vigorosos como gladiadores, ricos de  
juventud, radiantes de alegría.

Luego, cuando la máquina nervio-  
sa se hallaba necesitada de entonar  
sus ómbolos motores, aquellos que  
mandan sus actividades al corazón  
y al cerebro, causados de tanto sentir  
y de tanto afán de análisis, de obser-  
vación y de estudio, vine a pedirle,  
a un apóstol de la salud, émulo de  
Sir Kneipp, el señor Luis Curbelo,  
su agua y su magnetismo. Y halléme  
que el pavoroso problema sanitario  
de los pueblos es de más fácil solu-  
ción de lo que nos pensamos, puesto  
que en cada río que corro, en cada  
manantial abierto, en cada nube de  
lluvia hay más salud cierta que la que  
pueden brindar todas las boticas y  
todos los hospitales del mundo.

¡Aún me aterra el solo volver la  
mente hacia la pérdida que hemos ex-  
perimentado los amateurs del Arte pic-  
tórico, en la muerte del pintor paisa-  
jista Héctor Escardó, arrebatado a la  
gloria y al cariño de sus amigos por  
el terrible tifus... Pues he visto con  
mis propios ojos, he palpado con los  
dedos de la realidad, como se cura el  
tifus en ocho días con solo el agua!...  
Oh! pongo para expresar esto, toda  
la sinceridad que siempre ha caracteri-  
zado todos mis actos; el milagro se  
opera tan fácil que uno se queda sus-  
penso, meditando qué cantidad enorme  
de vidas preciosas podían arrancarse  
a la hoja ensangrentada que corta tan-  
tas flores de esperanzas hermosas pa-  
ra la familia y para la patria!...;

Yo sé que este artículo salvará mu-  
chos existencias; tengo esas pretencio-  
nes; porque es fácil deducir que la  
fuentecilla de vida que cura el tifus bien  
puede extinguir la tuberculosis, que  
se lleva a sus ántros sombríos lo me-  
jor de la humanidad y que agita los  
cenáculos de los científicos, y que ha-  
ce andar errantes a los pobres ataca-  
dos, de consultorio en consultorio, de  
hospital en hospital, say! inútilmente,  
repitiéndose día por día, millones de  
veces, el tocante final de la Dama de las  
Camelias.

La Naturaleza, madre previsora,  
nos enseña que, como no hay belleza  
más emocionante que la suya, sea  
bosque, sea marina, sea desnudo fo-  
menino, así también nada hay más  
verdadero para la vida humana que  
cumplir sus leyes.

Y no debe extrañarnos, por eso  
mismo, que el agua sola, y más, el  
agua magnetizada, esto es, la volun-  
tad y la fuerza física, aunadas al ele-  
mento natural disolvente de los malos  
humores, pueda realizar curas asom-  
brosas, como las que aquí admiró ma-  
ravillado.

Hace un mes, dos hombres entra-  
ban en una silla de mano al Estable-  
cimiento Hidroterápico a un joven,  
Juan Verliz, atacado de tifus y reu-  
matismo, con delirio y deshaciendo...  
Cuando llegó, a los quince días, lo  
hallé de pie, caminando por sí solo,  
y a estas horas andando de viaje, rumbo  
a sus pagos, más contento que una  
calandria a quien dan la libertad; oh!  
y es la enfermedad la esclavitud de la  
carne, la esclavitud terrible que nos hace  
rebelar contra el Dios de nuestras  
creencias y la salud es la hermosa  
libertad que nos hace sentir la dicha  
inmensa de vivir viendo transcurrir los  
días serenos, plácidos y azules.

Enumerar los llamados milagros  
aqui, en esta casa donde no hay ni  
Virgen de Lourdes, ni de Lulan, ni  
menos de la Ayuda, sería tarea lar-  
ga... Y no crean, por eso, que es  
una novedad; establecimientos idénti-  
cos radican en Berlín, en Munich, en  
Wörishafen, el hermoso sepulcro de  
Sebastian Kneipp; la Clínica Hidro-  
terápica de Barcelona a cuyo fren-  
te se hallan dos afamados médicos,  
Víctor Melchor y José Cembrano y  
otros en Madrid, en Bélgica, en Bru-  
selas, en Santander, etc., etc., donde  
por el agua magnetizada, por medios  
sencillos, sin medicinas, se fortifica y  
restablece la naturaleza.

Aquí, al señor Curbelo, lo ayuda  
en los diagnósticos el ilustrado doctor  
Majó, puesto que no niega abrir sus  
oídos a la sana higiene que destierra  
los venenos para hacer que el individuo  
recobre el vigor y la alegría per-  
dida.

Pero, veo que me engolso en un  
artículo largo, mientras escucho la dul-  
císima algarabía que forman los jil-  
gueros y cardenales, entre las frondas  
de los sauces y elevados eucaliptos  
y con sus trinos parecen indicarme  
que es la naturaleza fuente inagotable  
de dulzuras, de amores, libres de los  
miles banales.

Levanto los ojos de esta carilla y  
miro allá a lo lejos los pintorescos  
cerros de Verdún, con la silueta campe-  
ra de una carreta de bueyes que va  
cruzando el sendero, mientras que el  
conductor entona sus cantos melodi-  
cos que alcanzo a escuchar como un

eco gembundo, traídos hasta aquí  
por una brisa fresquísima y perfu-  
mada.

Más allá, transponiendo las enarca-  
das lomas verdes de los cerros, el sol  
baja incendiando las figuras informes  
de nubecillas multicolores. Con sus  
rayos posteros, manda el saludo de  
mi cariño y mi recuerdo a los que  
amo, a los que he dejado, en la lucha  
diaria de la ciudad, feliz en mi  
egoísmo de vivir contento la vida en-  
viviada por el divino Horacio.

F. CARACIOLI ARATTA.

Las Delicias—Minas, Noviembre  
de 1896.

plena facultad para andar y aran-  
gar y preparar a sus soldados,  
de acuerdo con su segundo comi-  
sario complicado en el asunto de  
las jingadas, pues uno de los de-  
clarantes dice que ese señor fué  
el primero que le impuso una mul-  
ta de 100 ps. so pena de ponerlo  
a disposición del Juez; como se  
negara, cumpliendo luego su pa-  
abra porque no se le pagó la mul-  
ta antedicha; como el comandan-  
te Fernández sabía que la cosa era  
grave y como los soldados no  
se encontraban en la comisaría  
y hubo que mandar buscar a al-  
gunos, se aprovechó la ocasión  
para disciplinarlo.

Todos dijeron que ellos no te-  
nían licencia ni habían esquillado  
en ninguna parte. Bien; dejemos  
esta afirmación tan bien enseñada  
como falsa, para destruirlo oportu-  
namente. El señor inspector de  
policía, preguntó en público, delante  
del comandante Vega, a unos cuantos vecinos que estaban allí, si sabían que los soldados ha-  
bían andado esquillando con licen-  
cia del comisario. Claro está; to-  
dos dijeron que no, comprendien-  
do la gravedad del caso y sus con-  
secuencias.

¡Qué vacino deseas ponerte mal  
con ciertas autoridades! Quién se-  
iba a atrever a acusar públicamente  
al comisario allí presentes Pe-  
ro uno de los vecinos, que por  
casualidad se encontró allí—veci-  
no respetable—muy conocido en  
Floride y cuyo nombre lo citaré  
en oportunidad, en la cándida del su-  
mario, y dijó: Si supiera ese señor inspec-  
tor que dos de los soldados es-  
tuvieron esquillando hace dos días  
en mi propia casilla! ¿Por qué no  
no nos llama individualmente?

Nadie encuentra bien por lo lan-  
to, la forma indagatoria observada  
por el funcionario sumariante, por  
que eso revela ó mucha candidez,  
ó mucha benevolencia para el su-  
mario como se le va a probar  
concluyentemente, en favor de la  
justicia y de la verdad que abri-  
rá claros entre los humanos del amor  
propio y de la más evidente par-  
cialidad.

Detallamos ahora el caso de la  
jugada y concretamos cargos. En  
la casa de doña Perpetua Sosa,  
se encontraban los señores Lucas  
B. Cantero (Teniente Alcalde del  
Distrito) Lorenzo Montenegro,  
Aparicio de Túñez, Camilo Sosa y  
un tal Fleitas. Para rifar un cer-  
dos mandan llamar al honrado es-  
tanciero señor Viera. Así se pre-  
paró la jugada. Se embrigó ó lo  
embrigaron, no se sabe quién, a  
Viera, y le ganaron entre Cantero  
y Sosa unos cuantos cientos de  
pesos.

Como a los ocho ó diez días de  
consumado este hecho, al comisa-  
rio Fernández Vega, en conoci-  
miento de él, prende a los ganado-  
res Sosa y Cantero. (Y a los otros  
por qué no?) Luego conduce a la comi-  
saría, y allí, primero al segundo  
comisario, y luego el comandante  
Vega, según las propias declara-  
ciones de los mulatos, les dice-  
n que tienen ciertos pesos de multa  
y de lo contrario serán puestos a



